

Carlyle decía algo digno de especial atención, ella, con toda naturalidad me sonreía, aprobando con un signo, y cuando la primera vez creí que yo debía hablar, ella se llevó el dedo a los labios y sacudió la cabeza para imponerme silencio. Algunas veces se quejaba de las molestias que le causaba su esposo, molestias que anotaba en su *Diario*, como por ejemplo la inmoderada exigencia de su marido cuando en un viaje le pidió por correo que le remitiera inmediatamente botones para el traje, y su furia por no haberlos recibido luego, a pesar de que sabía que la carta había llegado a Mrs. Carlyle ya cerradas las tiendas. Sin embargo, yo creo que era una de las mujeres más envanecidas con su suerte.

La segunda visita de Carlyle a mi estudio me reveló mejor la naturaleza íntima del hombre, al examinar los cuadros que le mostré, *La Conciencia Despierta* y *La Luz del Mundo*, recién acabadas. Habló con aprobación de la primera, aunque sin comprenderla artísticamente, pues al reparar en el reflejo luminoso del follaje en la mesa me dijo:

—La luz de la luna está bien dada.

Al ver la otra así habló sin detenerse:

—Usted llama a eso, según creo, una imagen de Jesucristo. Su personalidad de usted no ganará nada con semejante pintura, como no sea dinero, ni a ninguno en la tierra aprovechará que se haya dado vida a una concepción meramente papista, y sólo juzgarán todos al verla que es un error haberla hecho, o una imperdonable incompreensión. Es presentar muy pobremente al más noble, al más humano, al de mentalidad más heroica que ha caminado por la tierra de Dios. ¿Puede usted suponer que Jesús saldría aderezado con ricos ropajes pontificios y con una corona y con deslumbrantes joyas en el pecho y con llamativa y orgullosa aureola en la cabeza? Ni coronas, ni ropas imperiales otorga nunca el mundo a hombres como él. ¡Bueno! y si lo que usted quiere es presentar al Cristo espiritual, ha escogido la peor forma, pues ha elegido aquella con que Jesús ha sido disfrazado desde el comienzo de la iglesia por los hombres de mundo que hacen de las mezquinas ambiciones de ellos las de él, repitiendo así la abominable traición de Judas. Usted debe meditar hondamente en la antigua alma heroica de Jesús; si usted la ha comprendido y ha entendido su carácter, no debe hacer que la gente retroceda y adore el disfraz que los levitas han vestido a Jesucristo, para conservar las estúpidas almas de los hombres en las redes de la esclavitud y las tinieblas. ¿No se da usted cuenta

de que contribuye a que la gente crea lo que usted sabe que es mentira, lo que usted no cree, lo que a usted le repuga? La primera pintura, con el loco atolondrado y vil y su lastimosa y desgraciada víctima, es muy real, pero ésta, ésta no, ésta representa una engañifa, una farsa, en ocuparse de la cual no debe nadie perder el tiempo».

Hasta aquí las páginas de Hunt.

En vano intentó éste defender la pintura, inútilmente quiso convencer al filósofo de que creía en lo que había pintado, y menos aún de que Carlyle también creía en la idea así representada. Carlyle al escuchar tal cosa, alzó la voz furioso, y el prudente dedo de la esposa del filósofo indicó a William Holman Hunt que debería callar.

La magnífica imprecación salida del alma de Carlyle, en arranque irresistible de protesta, nos enseña su carácter rebelde y leal. El amaba a Cristo, pero al Cristo verdadero, al que paseaba por las campiñas lozanas y sonrientes de Galilea, al que entendía las flaquezas de la mujer adúltera, de Magdalena, de los samaritanos, al que abominaba de las formalidades rituales y de los fariseos, no al torvo, dogmático, triste y convencional de las iglesias. Carlyle era un fanático y un artista y no podía transigir con farsas de mal gusto.

El Cristo de Carlyle es el de todos los artistas, el que soñó Verlaine cuando increpaba al Papa y le decía más o menos así:

—Abandona tus palacios magníficos, deja solos a tus obispos resplandecientes, no hagas caso de los esplendores oropelescos y dispendiosos de la liturgia, vuelve otra vez a pedir limosna por las calles, a besar las heridas pestilentes de los leprosos, a andar con los humildes por las praderas húmedas, y el mundo en masa volverá al Hijo de María.

XAVIER ICAZA

BIBLIOGRAFÍA.—La mejor edición de las obras completas: *Works of Carlyle*, publicada en 1896 a 1899 en treinta volúmenes, en Londres y Nueva York, con motivo del centenario del nacimiento del filósofo.

Deben consultarse en particular: *The correspondence of Thomas Carlyle with Ralph Waldo Emerson* (Boston, 1833); *Early letters of Thomas Carlyle* (New York, 1886); *Letters of Thomas Carlyle* (New York, 1888); *Correspondence between Goethe and Carlyle* (New York, 1887); todos los libros anteriores, editados por el profesor C. E. Norton. *Carlyle's letters to his youngest sister* (Cope land, London, 1889). Acerca de su vida y sus obras son de recomendarse:

Memoirs of the life and writings of Thomas Carlyle (De Shepherd y Williamson, London, 1881); *Thomas Carlyle, the man and his books* (Wylie, London, 1881); *Carlyle personally and in his writings* (Masson, London, 1885); *Carlyle and open secret of his life* (Larkin, London, 1886); *Life* (Garnett, London, 1887); *Life* (Nichol, New York, 1894); *Froude and Carlyle* (Wilson, New York, 1898); *Life of Jane Welsh Carlyle* (Mrs. Ireland, London, 1891); *The bibliography of Thomas Carlyle* (Shepherd, London, 1882).

Para conocer el medio en que vivió Carlyle, ningún libro mejor que: *Pre-Raphaelitism and the Pre-Raphaelite Brotherhood* (William Holman Hunt, O. M., D. C. L., 2nd edition, New York, 1914).

Glosas

EL SILENCIO DE CÓRDOBA.

QUÉ ruidito, el de Sevilla, toda la noche! Ciudad zumbona, zumba como una abeja.

Para silencio, la noche de Córdoba. Es un silencio de maravillosa calidad.

Se diría tangible. Y denso, compacto, sólido.

Cae pesadamente, este silencio nocturno sobre las angostas callejas, las plazas vacías. Aquí gravita, se hunde, y entre las paredes se moldea, como un flan, como un pan.

Puede cortarse el silencio en Córdoba. De él pueden rebanarse tajadas.

¿Fatigado estás, amigo mío, agostado y vacío, por la atroz usura del

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

mucho vivir...? ¡A ver, mozos—ángeles—, una tajada del silencio de Córdoba para el señor!

SONETOS DE EUGENIO DE CASTRO.

ESTOY muy contento, porque Eugenio de Castro me ha dedicado el soneto sobre Córdoba, en su reciente y tres veces admirable colección española *A mantilha de medronhos*.

Pero tal vez, así, niño ávido entre juguetes costosos, sin dejar el que acaban de regalarme, antes agarrándolo más fuertemente, intentara arrebatarme el suyo a Enrique Díez Canedo, ganancioso de este soneto sobre Málaga:

Em Malaga, entre vinhas e pomares, sobre o Mediterrâneo, há uma colina, donde em claras manchas se descortina Ceuta, a Ceuta da gloria e dos azares.

—Não a vês?—diz-me alguém. Os meus [olhares] de balde a querer ver na manhã fina;